

G L O S A S

Por JORGE MAÑACH

Soledad de Baracoa *Dur*

BARACOA no es, precisamente, lo que llamaríamos «el fin del mundo»; pero se recibe allí siempre una clara impresión de que es el fin de la Isla. Apenas hay ya mucha más tierra por delante y en lo que queda, como dice la frase guajira, «no hay más pueblo». Tan incommunicada se halla, que sólo es posible llegar allí en avión, como no sea que uno se arriesgue a la aventura de una lanchita rudimentaria y un mar turbulento. El paisaje es de una violenta virginidad —montaña apretada, de cuencas hondas y misteriosas, de intactas gracias de vegetación y límpidas venas de agua que sólo se entregan a la codicia del mar.

¡Qué riquezas enormes —se pregunta uno al volar sobre ella— no ocultará esa agresta vastedad! La vegetación es tan poderosa que, aun desde la altura, que todo lo reduce al puro diálogo de tierra y mar, se adivina la presencia allá abajo de lo que ya no es manigua, ni bosque siquiera, sino selva mayor, categoría primigenia del trópico americano. En esa fronda de un verde sombrío y solemne, se descubren terrosas peladuras en que el macizo oriental parece insinuar sus secretos geológicos: rojas erosiones donde enseña su voluntad de hierro y cobre, manchas grisáceas o blanquecinas que acusan —se me dice— yacimientos de otros minerales nobles. Con lo que guardan estas montañas —tan cercanas al mar, tan huérfanas, sin embargo de caminos— Cuba tiene para transformar radicalmente su economía.

La de Baracoa se resigna, por ahora, a ser una economía menor: de plátanos o «guineos», de cacao y cocos, de maderas accesibles, de café... Salvo en este último renglón, cuyo aprovechamiento se halla hoy en pocas manos, esa producción responde al esfuerzo de muchos cultivadores pequeños. La propiedad está aquí considerablemente distribuida, y se me informa que ello contribuye mucho a darle estabilidad económica a la comarca.

No faltan, sin embargo, motivos de preocupación. Aunque el coco, por la ventura de la guerra, se está vendiendo a cien pesos el millar, donde antes no valía más de veinte, y el cacao y los plátanos escasean hasta para el con-

sumo local, se teme mucho a los reajustes en el mercado de postguerra. Además, la economía de la zona gira en torno al banano, y no hay recursos para contener, cuanto menos para extirpar, la «pintadilla», y otras endemias que diezman las plantaciones, atacando precisamente al tipo de «guineo» más exportable, el de fuerte corteza y racimos apretados que mejor se acomoda a los rigores del viaje y de la estiba. Hay métodos probadamente eficaces para combatir las «plagas»; pero su aplicación, sobre todo en esta tierra quebrada de Oriente, exige técnicas costosas que sólo la intervención del Estado o la acción cooperativa harían posibles. La previsión oficial y el instinto campesino no han madurado todavía lo suficiente para eso.

En esta tierra ubérrima se vive en precario. Por todas partes nos asalta la desproporción entre lo que la naturaleza ofrece y el hombre aprovecha. Es como si se recogiera sólo la espuma de su opulencia: el fruto al alcance de la mano. La escasez de viandas es crónica, y por los días de mi visita la guajirada formaba enjambres en las tiendas mixtas disputándose unos granos de café y hasta unas onzas de azúcar.

No es que falte iniciativa a estas gentes. Por el contrario, los hombres de empresa en Baracoa, pequeños y grandes, suelen tener un repertorio de actividades. Se les oye hablar de la carga de «palos» que exportaron; de la lancha cargada de cocos que estuvo a punto de zozobrar, de la gabela inicua que tuvieron que pagarle a tal cual inspector por un trasiego legítimo de café, del draw-back misterioso con que, según entienden, se les amenaza el mercado de cacao, y hasta del negocio de las latas de buena manteca de Armour que el mar echó un día sobre las playas, entre los residuos de un barco torpedeado... Es una economía variada, pinoclesca y casi aventurera de soledad costeña.

La que hace de ella algo tan precario es la falta de banca que provea capitales, de caminos que les den salida doméstica a los frutos, de organización oficial que tutele intereses y fomente los esfuerzos cooperativos, en vez de los indivi-



2

dualismos recelosos y los particularísimos sectarios. El alma comunal de la vieja villa, que tiene a honor ser, como dice la leyenda de su escudo, «pequeña entre las ciudades de Cuba», pero «la primera en el tiempo»; el orgullo histórico con que reclama —contra todas las «rectificaciones» científicas habidas y por haber— que fué en su ensenada de Miel donde hizo Colón su arribo glorioso y donde contempló «la tierra más hermosa que ojos humanos vieron», ese espíritu, digo, cobra en Baracoa un acento muy visible de empeñosa militancia en servicio y defensa de la villa. Sus hombres más representativos dan generosamente de su tiempo, su energía y su dinero por resolverle todos esos problemas de bienestar o de decoro que la omisión oficial suele dejar en descubierto.

Pero se necesita algo más que la buena voluntad privada para que el celo comunal alcance toda la dimensión creadora que estos viejos pueblos cubanos reclaman. Se han menester medios objetivos, concretos y continuos, que sólo el Estado puede proveer, para que sobre ellos se organicen y desarrollen los impulsos de interés, material y moral, con que se anima la vida de los pueblos.

Si Baracoa, en vez de estar en Cuba, se hallase en Bélgica, o en el Uruguay —¡ni siquiera digo los Estados Unidos!—, sería un emporio de producción, de turismo, de cultura. Tierra más fecunda no la hay en América, ni paisaje más hermoso, ni ambiente histórico más lleno de grandes ecos. En la casa del cura leí códices del siglo dieciséis, y en la iglesia que los piratas nunca dejaron llegar a basílica, vi un Cristo de talla soberbia y la «Cruz de la Farra», hecha de roble gallego, que se tiene por testimonio de la primera misa ofrecida en el Nuevo Mundo. Los indígenas que fueron testigos medrosos de ella sabían ya tallar la piedra y el hueso con arte más que rudimentario. Por Baracoa, sin duda, se unió América a la Historia. ¡Y no hemos sabido todavía rescatarla de su soledad y exhibirla como un blasón ante el mundo!

Am, ag 12/45



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA